

Intelectuales en prisión. Resistencia cultural en los espacios del terror de la dictadura chilena*

Intellectuals in Prison. Cultural Resistance in the Spaces of the Terror of the Chilean Dictatorship

José Santos Herceg**

Resumen

Este texto busca poner de manifiesto que el trabajo intelectual fue un modo fundamental de resistencia al interior de la prisión política durante la dictadura militar chilena. Éste se manifestó de diversas formas, la más notoria fue la creación de escuelas. Dicha escuelas se formaban a partir de las charlas y conferencias que los detenidos más informados ofrecían a sus compañeros. Los letrados, sin embargo, no solo daban estas conferencias, sino que también dedicaban su tiempo al estudio, a la reflexión, a la escritura y a la discusión. En un contexto de deshumanización sistemática, estas acciones permitieron sostener la humanidad –o recuperarla-, ellas hicieron posible ganar algún tipo de control y sostener márgenes de libertad, además de generar lazos entre los prisioneros que posibilitaron resistir conservando la dignidad.

Palabras clave: Intelectual, Prisión Política, Dictadura Militar, Resistencia.

Abstract

This text seeks to establish that the intellectual work was a fundamental mode of resistance within the political prison during the military dictatorship in Chile. This intellectual work had different forms of expression. The more notorious form was the creation of schools. Such schools emerged from the talks and conferences that those prisoners with more studies offered to their fellow. Those intellectuals, however, not only gave these conferences, but also devoted their time to the study, the reflection, the writing and the discussion. In a context of systematic dehumanization, these actions made it possible to hold humanity, or recover it, to gain some kind of control and sustain margins of freedom, as well as generating links between prisoners that allowed them to resist and preserve there dignity.

Key words: Intellectual, Political Imprisonment, Military Dictatorship, Resistance.

Recibido: Septiembre 2016.

Aprobado: Septiembre 2016.

* Este artículo forma parte de la investigación titulada “Campos prisioneros en Chile. Reconfiguración de los lugares y las subjetividades” (FONDECYT N° 1140200).

** Chileno, Doctor en Filosofía, Investigador Jornada Completa del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: jose.santos@usach.cl



INTRODUCCIÓN

Los lugares utilizados para la detención y/o la tortura durante la dictadura militar fueron y son hasta hoy una realidad tan enorme como desconocida en Chile. Según informa la Comisión Valech habría habido al menos 1.168 de ellos repartidos por todo Chile. Es evidente, no obstante, que dado su carácter fundamentalmente clandestino es posible que esta cifra aún esté por debajo de la realidad. Como sea, se trata de una cantidad enorme de lugares que sobrepasa con mucho en número la realidad que habría existido en las otras dictaduras en el Cono Sur. Marcados en el mapa, tal como se hace en el hall de entrada del Museo de la Memoria, se hace evidente que estos lugares estuvieron por todo Chile. Desde el extremo norte hasta lo más austral de país, concentrándose principalmente en los centros urbanos. Para su habilitación se utilizaron todo tipo de inmuebles, desde casas particulares hasta cárceles, regimientos, estadios, piscinas, escuelas, hospitales. Inmuebles que se transforman en lugares para encerrar, para interrogar, para torturar, para hacer desaparecer.

En estos lugares se llevaron a cabo las peores de las atrocidades imaginadas. No solo se trató de un encierro masivo de personas inocentes en lugares insalubres, en condiciones miserables de hacinamiento y muy por debajo del más mínimo nivel de higiene requerido, sino que en ellos la tortura fue extrema, masiva e indiscriminada. Ésta se desplegó con una infinidad de atroces modalidades, en un alarde de creatividad macabra e insólita. El *pau de arara*, la paloma, el teléfono, la parrilla, la picana, el submarino, apaleos y golpes, apedreamientos, arrancamiento de uñas, cejas, pelo y otras partes del cuerpo, arrastrar por el suelo atado del cuello o miembros, arrojar excrementos e inmundicias, asfixia, baños de agua helada, disparos junto a los oídos, drogas e hipnosis, exposición a rayos ultravioleta o infrarrojos, exposición a temperaturas extremas, fracturas, heridas de bala, permanencia en posiciones forzadas, quemaduras en los ojos, boca, nariz, vagina, testículos o en otras partes del cuerpo, desnudez, privación sensorial, privaciones de alimento y agua, ingestión de excrementos, vómitos e inmundicias, abortos provocados a golpes de puño y pies, abusos sexuales, entre ellos la violación y la utilización de animales especialmente entrenados, etc. Estos centros fueron, en su sentido más pleno, “lugares del horror”.

Sin embargo, no es solo horror lo que se dio en esos espacios, sino que también resistencia. Pilar Calveiro ha escrito al respecto que “los campos de concentración mismos generan constantemente ‘líneas de fuga’ y los dispositivos que disparan contra el núcleo duro del poder y contra sus segmentos, abriendo brechas.”¹ Según señala esta autora, estas líneas de fuga adquieren diferentes formas, pero todas tienen en común el que están “asociadas con la preservación de la dignidad, la ruptura de la disciplina y la transgresión de la normatividad”. Según la misma autora, se trata de cualquier estrategia para “sobrevivir sin entregarse, sin dejarse arrasar”.² En general, Calveiro concluye que los objetivos de todas las resistencias tienen que ver con mantener o recuperar la humanidad perdida, con lograr tener algún nivel de control sobre la situación o algún margen de libertad, y con “restablecer o generar lazos de solidaridad y cooperación entre los prisioneros”.³ Es justamente aquí donde debe situarse la actividad intelectual que se llevó a cabo en las prisiones de la dictadura. Ella, como se intentará mostrar, fue en el sentido de Calveiro, una forma de “fuga” en tanto que permitió resistir conservando la

¹ Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue, 2001), 112.

² Calveiro, *Poder y desaparición*, 114.

³ Calveiro, *Poder y desaparición*, 127.



humanidad y manteniendo algunos niveles de libertad y control sobre la realidad que se estaba viviendo.

Para acercarse al tema, el camino serán los testimonios. Estos son, como se sabe, el único medio de acceso a la prisión política y la tortura. En estos relatos se da cuenta del funcionamiento y la actividad de las prisiones de forma directa, basándose en la propia experiencia de las víctimas. En el amplio espectro de lo testimonial encontramos, por supuesto, diferentes modalidades. Los hay, por una parte, orales y escritos, pero en este último además existen testimonios judiciales, testimonios breves, testimonios periodísticos, testimonios más extensos, testimonios ficcionales, etc. Será, en particular, la llamada “narrativa testimonial” la que servirá como sustento de este trabajo. En América Latina este tipo de textos surgen en los años sesenta del siglo pasado y su “canonización”, según se ha dicho, tiene lugar en 1970 cuando se instaura la categoría de Testimonio en el premio Casa de las Américas.⁴ A partir de entonces comienzan a aparecer en el continente una gran cantidad de escritos de este tipo. En Chile la situación es similar,⁵ puesto que como dice Epple, el testimonio conforma aquí una larga tradición que se puede retrotraer incluso hasta los inicios de la República. No obstante, el autor hace ver que “la atención hacia el testimonio como género distintivo, susceptible de codificarse como una categoría literaria, se produce a comienzos de la década del setenta” y, más importante aún, dice que es “la experiencia del golpe militar la que activa el registro testimonial como un fenómeno cuantitativamente amplio e inusitado de producción textual, rearticulándolo como un modelo sui generis de escritura.”⁶ Además, Jaime Concha se refiere a este fenómeno como una “avalancha testimonial.”⁷

En el marco de este trabajo se tendrán a la vista fundamentalmente aquellos testimonios de largo aliento, publicados en formato de libro, que son escritos tan solo con esta intención –la de dar testimonio- sin pretensiones literarias ni ficcionales y que han sido escritos en primera persona por quien tuvo la experiencia de prisión. Estos textos conforman un corpus abultado de escritos publicados desde 1974 hasta hoy, pero que lamentablemente no tienen mucha circulación ni difusión.⁸ Se ha decidido trabajar con este tipo de textos, fundamentalmente, porque dada su extensión es donde se pueden encontrar, como en ningún otro de los formatos testimoniales, los relatos de la resistencia. En efecto, como ha hecho ver muy bien Jorge Montealegre, por

⁴ Ver Hugo Achugar, “Notas sobre el discurso testimonial latinoamericano,” en *La historia de la literatura Iberoamericana*, Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Edits. Chang Rodríguez y Gabriella de Beer (Hanover: NH Ediciones del Norte, 1989); John Beverley, “Anatomía del testimonio,” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 13, n° 25 (1987): 7-16, y “El Testimonio en la encrucijada,” *Revista Iberoamericana* LIX, n° 164-165 (1993): 485-495; Guillermo Bustos, “La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria,” *Historia Crítica*, n°40 (Bogotá 2010): 10-19; José Chávez, “Génesis y desarrollo del testimonio latinoamericano contemporáneo,” *Memorias del XIX Coloquio de Literatura Mexicana e Hispanoamericana* (México: Universidad de Sonora, 2005), 53 y ss.; Elzbieta Sklodowska, “Hacia una bibliografía sobre el testimonio latinoamericano,” *Chasqui*, n° 20-21 (1991):108-118, y *Testimonio Hispano-Americano. Historia, teoría y poética* (New York: Peter Lang,1992).

⁵ Ver Ariel Dorfman, “Código Político y Código Literario: el género testimonio en Chile Hoy,” en *Testimonio y Literatura*, Eds. Jara y Vidal (Minneapolis: Institute for the study of Ideologies and Literatures,1987), 170-234; Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar: Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay en los 80 y 90* (Buenos Aires: Catálogos, 2006).

⁶ Juan Armando Epple, “Acercamiento a la literatura testimonial en Chile,” *Revista Iberoamericana*, n° 168-169 (1995): 1.147.

⁷ Jaime Concha, “Testimonio de lucha antifascista,” *Araucaria de Chile*, n° 4 (1978): 129-146.

⁸ Ver Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar: Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay en los 80 y 90*; y Carolina Pizarro, “Voces que incomodan: el silenciamiento del testimonio en postdictadura,” en *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial*, Eds.. Pizarro y Santos (Santiago de Chile: Pehuén, 2016), 35-48.

diferentes motivos, las experiencias de resistencia o de “resiliencia”,⁹ como prefiere llamarlas, pertenecen a lo que él con razón califica como “memorias eclipsadas”. Recuerdos callados, ocultos; aquellos de los que poco se habla, a los que se refiere solo ocasionalmente y casi sin quererlo. Se trataría de “acciones y actitudes que, generalmente, no se declaran ni son objeto de preguntas” porque son “experiencias positivas que permitieron sobrellevar la adversidad”.¹⁰ Experiencias, acciones positivas en medio del más terrible de los trances, momentos de alegría, incluso de risa, espacios para el juego y la diversión, para el crecimiento y el encuentro profundamente humano.

Lo que encontramos mayoritariamente en los testimonios es la descripción del horror; son imágenes verbales que cuentan -en ocasiones con mucho detalle- las atrocidades y los dolores de las víctimas. Esto se debe, fundamentalmente, a que la mayoría de ellos ha sido escrito con finalidades que así lo exigen. Sobre todo en los testimonios de los primeros años, donde prima la necesidad de denunciar lo ocurrido.¹¹ Pero no es solo la denuncia la que eclipsa algunas memorias, Montealegre alude también a la necesidad de coherencia del testimonio, es por ello que habla de “felicidad paradójica”¹² y de “aporía perturbadora”;¹³ parece una exigencia de coherencia interna del relato trágico el que toda experiencia sea negativa. Finalmente la culpa del sobreviviente también podría explicar, según Montealegre, este silencio:¹⁴ sería vergonzoso para un sobreviviente aceptar que hubo buenos momentos, porque muchos sufrieron terribles atrocidades, porque gran cantidad de personas murieron/desaparecieron, porque está fuera de lugar aludir a experiencias “banales” en un marco de experiencias límite. Aludir a ellas es objeto de reproche por parte de los propios ex prisioneros.¹⁵ No parece haber derecho a reír, a disfrutar, a gozar -aunque sea por algunos pocos segundos- cuando el contexto es de horror y muerte para tantos.

No obstante, pese a esta primacía del relato del horror, estos testimonios, sobre todo los publicados en el último tiempo, consagran expresamente momentos positivos, de resistencia. Encontramos en ellos pasajes que, sin desconocer el horror y el terror vivido, van más allá, complementando el relato, completándolo. Aparecen episodios sobre shows, risas, coquetería, música, actuación, pintura, escultura, deportes de lo más variados, juegos de salón, chistes, etc. Virgilio Figueroa titula uno de los capítulos de su testimonio con el sintomático nombre de “Lo excelente entre tanta maldad”. Cuenta allí que encerrado en el camarín nº4 del Estadio Nacional, “[p]ara nuestra entretención efectuábamos shows con cantos, chistes, diversos entretenimientos, recitaciones, charlas”.¹⁶ Paradigmático y extremo es en este sentido el texto de Marco Barticevic quien, aludiendo al hecho de que sus compañeros ya habían hecho el relato del horror, expresamente decide hacer un testimonio de la resistencia. Declara al abrir su testimonio que “a

⁹ Jorge Montealegre, *Memorias eclipsadas: Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política* (Santiago de Chile: Asterión, 2013), 15.

¹⁰ Montealegre, *Memorias eclipsadas*, 24.

¹¹ Montealegre habla de “sobrevivientes que públicamente evocan las vivencias funcionales a la denuncia, prioritariamente desde la memoria del horror, con sus recuerdos inevitables de privaciones y dolores”. Montealegre, *Memorias eclipsadas*, 24.

¹² Montealegre, *Memorias eclipsadas*, 23.

¹³ Montealegre, *Memorias eclipsadas*, 24.

¹⁴ “es posible que la culpabilidad por vivir de los sobrevivientes haya inhibido las posibilidades de compartir experiencias positivas que permitieron sobrellevar la adversidad con humor, creatividad y espíritu comunitario”. Montealegre, *Memorias eclipsadas*, 24.

¹⁵ Son, como dice Montealegre, “incluso ‘enjuiciables’ o reprochables por los propios sobrevivientes”. *Memorias eclipsadas*, 24.

¹⁶ Virgilio Figueroa, *Testimonio sufrido* (Santiago de Chile: Comala Ediciones, 1991), 176.



través de lo escrito trato de relatar múltiples formas que encontramos a lo largo de esos 33 meses, para no ser vencidos anímicamente”.¹⁷

Entre los momentos positivos y de resistencia más sobresalientes están los que tienen relación con la labor que, en un sentido amplio, podríamos llamar “trabajo intelectual”. Nunca fue fácil, pero parece haber encontrado siempre algún modo de manifestarse, de materializarse. Mario Benavente escribe que “[e]l constante apremio físico y la mentalidad de los carcerberos impedían que los esfuerzos creadores pudiesen materializarse en forma sistemática. Eran destruidos. Sin embargo, no pudieron ahogar el canto, la creación poética, la lectura, el deporte, la educación y el pensamiento”.¹⁸ En algunos de los lugares de detención, en la medida en que el control disminuye y se logra algún margen de movimiento, comienzan a generarse espacios para diferentes manifestaciones de pensamiento, de reflexión. Se trata, por supuesto, de posibilidades escasas, puesto que prácticamente solo se dieron en aquellos lugares menos violentos y siempre con límites y restricciones. Pero por ello no son menos significativos, tanto por lo que implicaron al interior de dichos lugares, como por sus consecuencias para la vida posterior de algunos de los detenidos, quienes se educaron –incluso se alfabetizaron en dichos lugares- o descubrieron su vocación allí.¹⁹

Por la detención y la tortura pasaron cientos, incluso miles de aquellos que en un sentido lato podríamos llamar intelectuales. Profesores, científicos, filósofos, historiadores, periodistas, científicos sociales, sociólogos, antropólogos, politólogos, literatos, escritores, etc. Cuenta “Tato” Ayress, por ejemplo, que en Chacabuco “había académicos, escritores, artistas de la plástica, arquitectos, profesionales de la radio y la televisión, profesores de escuelas primarias, connotados intelectuales, importantes periodistas, músicos, todo un mundo cultural”.²⁰ Juan Casassus, por su parte, comenta que hizo una suerte de estadística clandestina cuando pasó por Melinka, en Puchuncaví, y llegó a la conclusión de que “[l]a mayoría éramos profesionales. Y había muchos profesores universitarios de renombre”.²¹ Benavente complementa y especifica esta información señalando que “[m]ás de diez mil académicos, docentes universitarios, eminentes profesionales y estudiantes fueron arrancados de sus centros laborales y de estudios. Para la mentalidad fascista la ‘intelligentsia’ era un peligro que se debía eliminar”.²² Los intelectuales fueron permanentes habitantes de estos lugares del horror, pues constituían una amenaza para la dictadura chilena. Sin ir muy lejos, si se observa el corpus de testimonios, una de las cosas que de inmediato llama la atención es que son justamente estos sujetos los autores de la mayoría de los textos. Sin duda lo

¹⁷ Marco Barticevic, *Esperanza en el austro: memorias de prisión política de Magallanes* (Santiago de Chile: Mosquito Editores, 2009), 7-8.

¹⁸ Mario Benavente, *Contar para saber: Chacabuco, Puchuncaví, Tres Alamos (1973-1975)* (Santiago de Chile: JyC producciones gráficas, 2003), 37.

¹⁹ Jorge Montealegre, por ejemplo, según señala Armando Uribe en el prólogo del testimonio del primero, habría descubierto que era un escritor en la prisión del Estadio Nacional. “Montealegre halló su vocación literaria en el estadio y su experiencia en el subsecuente campo de concentración de Chacabuco por más largo tiempo. Comenzó, en esos trances, a los diecinueve años a escribir poesía como lo ha hecho desde entonces por treinta años. También prosa como en los diarios murales del campo de concentración”. Jorge Montealegre, *Frazadas del Estadio Nacional* (Santiago de Chile: LOM, 2003), 12. En el mismo sentido, Miguel Lawner relata el caso de Mancilla, quien se hiciera famoso por sus tallados en prisión. Según relata, “No hay mal que por bien no venga, dice Rodolfo Mancilla. ‘El golpe me permitió descubrir mi vocación. Ahora soy artista y disfruto con mi oficio’”. Miguel Lawner, *Retorno a Dawson* (Santiago de Chile: LOM, 2004), 160.

²⁰ Carlos “Tato” Ayress Moreno, *Sobrevivientes: Un suceso posterior al golpe pinochetista* (La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 2008), 76.

²¹ Juan Casassus, *Camino en la oscuridad* (Santiago de Chile: Editorial Debate, 2013), 61.

²² Benavente, *Contar para saber*, 141.



que más hay son periodistas: Ibar Aibar, Hugo Arellano, Rolando Carrasco, Alberto Gamboa, Enrique Moreno Laval, Emilo Rojas, Rodrigo Rojas. Entre los autores de testimonio, sin embargo, también hay filósofos -Vuskovic, Casassus-; historiadores o profesores de historia -Witker, Vitale, Morales, Guerrero, Durán-; escritores o literatos -Valdés, García, Cozzi, Benavente, Becker, Montealegre-, entre otros.

En una primera mirada, dado el ambiente de horror, de terror, de precariedad, de desesperación, podría pensarse que la labor intelectual no solo estuvo del todo ausente en los centros, puesto que los intelectuales no habrían tenido mucho que aportar en esa situación de lucha extrema por la sobrevivencia. Juan Casassus, filósofo de formación, cuenta de su encuentro con otro prisionero que habría sido un miembro del conocido GAP (Grupo de Amigos del Presidente). Dice el autor que “en nuestra relación yo era el intelectual, el de los estudios universitarios, el conocimiento conceptual y las ideas. Pero las ideas son solo ideas, no vivencias. Él tenía un conocimiento más útil para sobrevivir en Cuatro Álamos”.²³ Pese a ello y contra todo pronóstico, al estar detenidos los intelectuales continuaron su labor contribuyendo con ello sustancialmente a la resistencia. Este trabajo intelectual se manifestó en las prisiones de diversas formas, aunque todas estaban ligadas entre sí.

La primera manifestación incipiente parece haber sido la ocurrencia de charlas y exposiciones sobre los más diversos temas. Estas actividades surgen en un comienzo simplemente como un modo de pasar el tiempo y distraerse, dado que los detenidos estaban horas de horas esperando, sin hacer nada, atemorizados, inmóviles o inmovilizados, con una tremenda incertidumbre, por lo que casi de forma espontánea comenzaban a contar por turno algo acerca de su profesión, a relatar algún viaje o a informar sobre un tema de interés común. Relata Marco Barticevic que en los primeros días en el Regimiento Cochrane de Punta Arenas, “especialmente por las mañanas y en contadas oportunidades por las tardes, se inician ruedos en los que al principio alguien enseñaba al resto algo de su profesión. Como entre los detenidos había médicos, ingenieros, agrónomos, cómicos, cantantes y había larga lista de veinte o treinta profesiones diferentes, no era difícil encontrar temas propicios para la ocasión”.²⁴ En un sentido análogo en Las Bandurrias, a 16 kilómetros de Coyhaique, cuenta Hermes Orostica que “[t]ácitamente, los prisioneros adoptaron un acuerdo: no dejarse doblegar por las circunstancias. Así, en su mayoría profesionales, se dictaron charlas y se realizaron foros en los momentos de ocio”.²⁵

Estas iniciativas espontáneas, y en un principio desarticuladas, en algunos casos iban tomando cierta sistematicidad y su ocurrencia se volvía regular y programada. En muchas ocasiones todo ello ocurría de forma clandestina. Así también fue, por ejemplo, la actividad en el Estadio Nacional. Según cuenta Rodrigo Rojas, allí “[s]e organizaban charlas, foros, discusiones sobre los más variados aspectos [...] Todas estas discusiones, charlas y foros, había que hacerlas sin despertar las sospechas de nuestros carceleros”.²⁶ De estas actividades da cuenta también Virgilio Figueroa en su texto, cuando señala que en el Estadio Nacional “[l]a directiva del camarín organizó charlas por quien expusiera algo agradable y novedoso”.²⁷

En la mayor parte de los casos en que se daban estas charlas y conferencias de forma programada y sistemática era con la autorización de la comandancia del recinto y, por lo mismo, adquirirían estructuras estables y permanentes. Entonces se organizaban programas, ciclos e

²³ Casassus, *Camino en la oscuridad*, 60.

²⁴ Barticevic, *Esperanza en el austro*, 29.

²⁵ Hermes Orostica, *Aysén 73: Proceso al olvido* (Coyhaique: Graffo Dienst, 1988), 19.

²⁶ Rodrigo Rojas, *Jamás de rodillas (Acusación de un prisionero de la junta fascista de Chile)* (Moscú: Novosti, 1974), 12.

²⁷ Figueroa, *Testimonio sufrido*, 105.



incluso llegaron a tener algún lugar fijo en un recinto especialmente destinado para ello. Miguel Lawner cuenta que estando en Dawson, “fuimos autorizados a organizar un ciclo de charlas, dos veces por semana, que tuvieron lugar en la carpa de mayor cabida existente en la base”.²⁸ Los charlistas fueron Tohá, Flores, Enríquez, Jirón y Guijón, Vuskovic y Almeyda, etc. Los temas eran de lo más diverso: cibernética, medicina y salud pública, lenguas extranjeras, filosofía, etc. Según informa Lawner, “[l]as charlas eran un buen antídoto para sustraernos de los caldos de cabeza que abrumaban nuestra mente, hundiéndonos en severos estados de depresión”.²⁹ Sergio Vuskovic cuenta que cuando estaban en el Campo de Ritoque organizaron un “extenso ciclo de charlas político-económicas, en el que cada uno participó según su especialidad”.³⁰ Se dieron charlas sobre política internacional (Corvalán), sobre política económica (Matus, Bitar y Cademártori) sobre la política internacional de Allende (Clodomiro Almeyda), sobre pensamiento católico (Flores), etc. También en Ritoque, cuenta Jorge Montes que en su pabellón “continuaban dándose charlas que se programaban una vez a la semana y en las que había un relator y la consiguiente discusión del tema”.³¹

Algo análogo es lo que cuenta Benavente de Tres Álamos. Allí, según relata este autor, “[s]e daban charlas sobre salud e higiene, cursos de castellano, aritmética, matemáticas, música”.³² En Melinka también se organizaron conferencias en el pabellón destinado a los comedores, según el mismo Benavente.³³ Del Valle lo corrobora cuando escribe que “contábamos con excelentes profesores, doctores y abogados que nos daban charlas de derechos civiles y otras cosas de interés general”.³⁴ Las charlas y conferencias ya sea formales o informales, abierta o clandestinas parecen haber estado presentes en todos los centros en los que se abrió el menor espacio para ello: bastaba que se levantara la incomunicación, para que surgiera este tipo de actividades: los prisioneros comenzaban a conversar y casi inmediatamente se articulaban discursos.

Las charlas y conferencias se fueron haciendo más regulares en algunos lugares y despertaron enorme interés entre los detenidos. Es ello lo que parece provocar en algunos la idea de comenzar a dar clases y a enseñar, lo que en ocasiones derivó en la creación de verdaderas escuelas en prisión. Isla Dawson es tal vez el primer lugar en que surgieron estas iniciativas docentes. Quizás porque allí se encerró a los llamados “jerarcas” de la UP, que eran personas de saberes diversos y profundos, el intercambio de información y la enseñanza fue una actividad que nació muy rápidamente. Escribe Sergio Vuskovic que allí “[p]ermanentemente desarrollamos una labor de educación y de formación intelectual”,³⁵ este autor incluso titula un capítulo de su testimonio con el nombre de “Actividades educativas y sociales”. También da cuenta de las clases de idiomas,³⁶ al igual que lo hace Miguel Lawner.³⁷ Pero no fue solo idiomas lo que se

²⁸ Miguel Lawner, *Retorno a Dawson* (Santiago de Chile: LOM, 2004), 45.

²⁹ Lawner, *Retorno a Dawson*, 45.

³⁰ Sergio Vuskovic, *Dawson* (Madrid: Meridion, 1984), 132.

³¹ Jorge Montes, *La luz entre las sombras* (Santiago de Chile: Comala Ediciones, 1992), 348.

³² Benavente, *Contar para saber*, 154.

³³ Benavente, *Contar para saber*, 132.

³⁴ Juan del Valle, *Campes de concentración: Chile 1973-1976* (Santiago de Chile: Mosquito ediciones, 1977), 94.

³⁵ Vuskovic, *Dawson*, 131.

³⁶ “En Dawson comenzaron también las clases sistemáticas de distintos idiomas”. Vuskovic, *Dawson*, 131.

³⁷ “Un grupo, con Orlando Letelier como maestro, desarrolló sesiones de conversación en inglés, avanzando sobre todo en el uso del lenguaje cotidiano. Otros, encabezados por don Cloro se enfrascaron en el alemán, mientras un último lote optó por perfeccionar sus conocimientos del idioma galo”. Lawner, *Retorno a Dawson*, 45.

enseñó en Dawson. Vuskovic refiere también a las clases de Física y Cibernética que daba Fernando Flores y las de Economía Política que impartía Cademártori.³⁸

Donde adquirieron un gran desarrollo estas escuelas fue en Chacabuco. Según cuenta Rolando Carrasco:

[l]a Escuela matricula a seiscientos alumnos, alfabetizándose algunos, estudiando motores a combustión otros, matemáticas superiores o apreciación literaria. Maestros primarios, secundarios y universitarios transmiten saber a su alumnado heterogéneo y ávido de conocimientos. Hasta funciona un seminario de astronomía con observatorio e instrumental moderno en aquella edad en que la humanidad carecía de vidrio de aumento.³⁹

En el mismo sentido, cuenta Sadi Joui que “[l]os profesores éramos más de noventa (90) organizamos una escuela y liceo completos. Se enseña a francés e inglés elemental y avanzado, Matemáticas, literatura, Ortografía y Redacción, Computación, Educación Física, Dibujo Técnico, etc. Estaba estrictamente prohibido enseñar Filosofía e Historia de Chile porque era muy peligroso”.⁴⁰ A muchos se les enseñó a leer en prisión, como fue el caso de don Legario Iturra relatado por Aibar Ibar,⁴¹ “Los profesores dictaron cursos de Historia, Geografía, Biología, Matemáticas, Castellano, Francés, Inglés, Alemán y Ruso. A los alumnos de este último curso los carceleros los miraban con actitud sospechosa y burlona. A los jóvenes que debieron interrumpir sus estudios secundarios se les preparó para el bachillerato”⁴². Benavente habla de la “Escuela del Desierto”,⁴³ a la que Tato Ayress denominan “Universidad popular de Chacabuco”.⁴⁴ De hecho el mismo Benavente señala que “[n]o sin razón, hay quienes hablan de la Universidad en el Desierto”.⁴⁵

El sistema de escuelas en prisión se replica en otros lugares de detención. El Campo de Melinka en Puchuncaví puede que llegara a ser el caso más extremo en relación a las escuelas. Juan Casassus dice haber sido uno de sus fundadores. Cuenta que tras constatar que había muchos profesores universitarios de renombre, decide tomar la iniciativa: “Así que creamos una universidad. Estábamos muy contentos de poder compartir nuestros conocimientos”. Su juicio acerca de lo logrado es claro: “[p]or el nivel de los docentes y por su calidad moral, en ese momento esa era probablemente la mejor universidad del país”.⁴⁶ Sobre esta escuela/universidad se habla en muchos otros testimonios. Juan del Valle, por ejemplo, alude a que “[f]ormamos así una escuela y una biblioteca, ya que contábamos con excelentes profesores, doctores y abogados que nos daban charlas de derechos civiles y otras cosas de interés general”.⁴⁷ También Benavente se refiere la escuela de Melinka, pero hace una diferencia, pues según él la iniciativa habría sido

³⁸ Vuskovic, *Dawson*, 131.

³⁹ Rolando Carrasco, *Prigüé* (Santiago de Chile: Ediciones Aquí y Ahora, 1991), 135-136.

⁴⁰ Sadi Joui, *Chacabuco y otros lugares de detención* (Santiago-Valparaíso: autoedición, 2003), 72.

⁴¹ Ibar Aibar, *Sol y cielo abonaron mis sueños infinitos* (Santiago de Chile: Emege Comunicaciones, 2002), 230-234.

⁴² Aibar, *Sol y cielo*, 222.

⁴³ Benavente, *Contar para saber*, 88.

⁴⁴ Carlos “Tato” Ayress Moreno, *Sobrevivientes: Un suceso posterior al golpe pinochetista* (La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 2008), 76.

⁴⁵ Benavente, *Contar para saber*, 91.

⁴⁶ Casassus, *Camino en la oscuridad*, 61-62.

⁴⁷ del Valle, *Campos de concentración*, 94.



del comandante y ellos lo que habrían hecho fue simplemente aceptar la propuesta e implementarla.⁴⁸

La docencia y el aprendizaje van acompañados necesariamente de lecturas de diferente tipo. En un primer momento leer fue para los prisioneros tan solo una entretenimiento, se acudía a ella para pasar el rato, mientras se “resolvía el tema”. Escribe Marco Barticevic que “[l]o único que se podía hacer era leer alguna revista que caía por ahí, distraerse con algún libro o texto de estudio”.⁴⁹ En muchos testimonios se repite, de hecho, que entre las actividades que se podían realizar estaba la lectura. “Tato” Ayress menciona entre las actividades que hacían en el Estadio Chile “el ajedrez, el dibujo, el canto, la preparación de actividades artística y la lectura”⁵⁰. No se trató, sin embargo, tan solo de lecturas livianas, sino que entre el listado de libros se incluían textos clásicos de la literatura universal. Figueroa hace un sorprendente catálogo de los libros más leídos en Chacabuco: “Fue así como ‘La Iliada’, ‘La Odisea’, ‘La Divina Comedia’, ‘Eneida’, etc. se leyeron con avidez. Un ejemplar del ‘Cantar de los Cantares’ fue éxito de lectura. A esos títulos se agregaban autores como Cervantes, Julio Verne, Edgar Allan Poe, Emilio Salgari, Dumas padre e hijo, Cortázar, Jorge Amado, Icaza y otros”.⁵¹

En algunos lugares, como se puede observar, la lectura fue autorizada e incluso se formaron verdaderas bibliotecas. Así nace, por ejemplo, la biblioteca de Chacabuco. Mario Benavente relata su formación de la siguiente forma:

Muchos y variados libros circulaban. Se hizo necesario ordenarlos y cuidarlos. El Consejo de Ancianos promovió la formación de una pequeña biblioteca. La paciencia y dedicación de Hugo Salvatierra, especialmente, y la ayuda de Rolando Maggi, además de manos fabriles que hicieron rústicas estanterías, posibilitaron la recolección, clasificación y fichaje de las obras. Muy pronto, en uno de los pabellones del barrio cívico chacabucano, la biblioteca entró en funciones [...] Más de mil quinientos libros llenaban los anaqueles.⁵²

Las bibliotecas se dieron, aunque no con tantos volúmenes, en otros centros de detención. Joui, por ejemplo, informa de la biblioteca de Colliguay en Quilpué,⁵³ Del Valle de la que se levantó en Melinka⁵⁴ y Caneo de una que habría existido en la Cárcel de Antofagasta.⁵⁵

Algunos prisioneros se dedicaban sistemática y regularmente a leer. Sintomático es el caso de Enrique Jenkin quien escribe un pequeño capítulo en su testimonio especialmente sobre el tema de la lectura. Allí cuenta que disponiendo de tanto tiempo libre, de tanto ocio “[e]mpecé a leer en forma indiscriminada, compulsiva: de libros extensos, nuevamente El Quijote, La Biblia, La Guerra y la Paz, La Montaña Mágica, intentos con Proust, Rilke, colección los autores ganadores de premios Nobel, todos los del llamado boom latinoamericano, etcétera, todo, TODO,

⁴⁸ Benavente, *Contar para saber*, 132.

⁴⁹ Barticevic, *Esperanza en el austro*, 85.

⁵⁰ Carlos Ayress Moreno, *Sobrevivientes*, 59.

⁵¹ Figueroa, *Testimonio sufrido*, 239.

⁵² Benavente, *Contar para saber*, 40.

⁵³ “La Biblioteca que mantienen los detenidos está atendida por Patricio Muñoz Gamboa, funcionario del Banco del Estado de Limache. En la biblioteca, que es muy chica, hay algunas novelas de Mariano Latorre y Luis Durand, algunas revistas y las Selecciones del Reader” en Joui, *Chacabuco y otros lugares*, 157.

⁵⁴ “Formamos así una escuela y una biblioteca, ya que contábamos con excelentes profesores, doctores y abogados que nos daban charlas de derechos civiles y otras cosas de interés general”. del Valle, *Campos de concentración*, 94.

⁵⁵ “teníamos escuela, biblioteca, un diario mural seminal”. Osvaldo Caneo, *Cerro Moreno: Represión y tortura en Antofagasta* (Santiago de Chile: Editorial Latinoamericana, 2003), 47.

lo que caía en mis manos lo engullí, me convertí en un ‘librófago’, tragué páginas y páginas indiscriminadamente”.⁵⁶ En algunos casos la lectura se vuelve una actividad regulada, incluso programada, como lo que cuenta Erich Schnake de la Cárcel Pública de Santiago, en donde en su camarote había impuesto ciertas reglas que facilitaban la lectura: “Hasta las siete y media de la tarde silencio, para que cada cual pueda leer, meditar o reposar simplemente”.⁵⁷

Incluso en estos lugares de libertad lectora hubo, no obstante, censura. “Los poemas de Pablo Neruda fueron proscritos, leyéndose a escondidas. Ni hablar de los rusos o marxistas”.⁵⁸ La censura, en algunos casos, tomaba formas ridículas producto de la ignorancia de los uniformados: “Las lecturas estaban muy controladas. Pero la ‘censura’ se guiaba casi siempre por el título de una obra. Así, un texto sobre la Revolución industrial o sobre cubismo, no podía ingresar: ‘Nada con revoluciones ni con Cuba, había establecido categóricamente el oficial de seguridad’”.⁵⁹ Como sea, los prisioneros van ideando maneras de eludir las restricciones. Mario Benavente cuenta que le ofrecen en Chacabuco leer una novela de *cowboys* a lo que inicialmente se niega, pero luego accede ante la insistencia. Descubre rápidamente que el libro esconde en realidad el *Origen y Formación del Partido Comunista de Chile*, de Hernán Ramírez Necochea, editado por Horizonte en 1965. “Días antes ya circulaban de mano en mano, ‘Espartaco’, ‘Mis gloriosos hermanos’, de Howard Fast, ‘Así se templó el acero?’ de Ostrovski, obras teóricas de Althusser. Algunos escritos de Marx, Engels y Lenin, debidamente camuflados, aparecieron posteriormente en este lugar”.⁶⁰

En la mayor parte de los centros, por supuesto, la censura aplicada sobre la lectura era extrema, sobre todo en aquellos lugares clandestinos en los que se torturaba sistemáticamente: allí la lectura estaba simplemente prohibida del todo. Ella, sin embargo, encontró el modo de generarse algún espacio aún, en los lugares más vigilados. Cuenta Alex Fuentes que “[e]n la celda número nueve eran de la idea que imbéciles como el sargento no podían coartarles el deseo de leer y escribir. Habían conseguido entrar libros en forma clandestina y la única manera de leerlos en paz era después de haber escuchado el ruido de los candados. Era cuestión de coger las frazadas y cubrir con ellas todas las ranuras por las que escapaba la luz de las ampolletas”.⁶¹ El mismo Fuentes relata una anécdota en la que estando incomunicado en Cuatro Álamos un prisionero privilegiado le hizo llegar un libro escondiéndolo en el estanco del baño:

Ese día salió del baño con una tensión difícil de camuflar, se sentía como un niño a punto de cometer algo estrictamente prohibido pero imposible de rechazar. Cuando el guardia cerró la puerta detrás suyo él se creyó prácticamente invisible. Olió el olor a tinta impregnada sobre el papel y mantuvo el libro bajo sus narices por largo rato. Lo primero que hizo fue esconder el libro debajo de la colchoneta y se recostó en el camarote con los brazos entrecruzados detrás de la nuca. Estaba feliz. Leyó el libro a sobresaltos, al menor ruido guardaba el libro debajo del camarote.⁶²

⁵⁶ Enrique Jenkin, *Exijo una explicación: Mis secuelas de una dictadura* (Santiago de Chile: Ediciones José Antonio Mendizabal, 2010), 23.

⁵⁷ Erich Schnake, *De improviso la nada: testimonio de prisión y exilio* (España: Ediciones Documentas, 1988), 110.

⁵⁸ Figueroa, *Testimonio sufrido*, 239.

⁵⁹ Alejandro Witker, *Chile; Prisión en Chile* (México: FCE, 1975), 85.

⁶⁰ Benavente, *Contar para saber*, 39.

⁶¹ Alex Fuentes, *El gorrión blanco = Den vita sparven* (Estocolmo: Röda Rummet, 2003), 119.

⁶² Fuentes, *El gorrión blanco*, 89.



La lectura como entretenimiento nunca desaparece del todo en los centros, en algunas ocasiones, sin embargo, ello iba cediendo lugar a un trabajo más serio y sistemático de estudio e investigación. Cuando ya se hace evidente que la prisión podría durar un rato largo, comienzan a aparecer planes más ambiciosos que trascendían el simple pasar el rato leyendo. Paradigmático es el caso del joven Marco Barticevic quien al llegar a la Cárcel Pública de Punta Arenas tenía clara conciencia de que no dedicaría su tiempo a ninguna actividad “productiva” como sus compañeros, pues, como señala: “[l]o mío era el estudio, enseñar a otros compañeros, leer, escribir, pero nada de actividades que aportasen algo material en ese momento”. Le pide a su padre que le construya un “pequeño escritorio portátil, sobre el cual pudiese escribir y que tuviese una repisa donde guardar algunos útiles”.⁶³ Teniendo esto comienza un trabajo sistemático de estudio o en sus propias palabras: “Ya estaban sentadas las bases para lo que sería mi actividad intelectual en el año y medio siguiente”.⁶⁴ Algo semejante es lo que cuenta Osvaldo Ahumada, para quien los estudios y la investigación fueron el camino de resistencia, gracias a lo cual sobrevivió en prisión. Él se impone una férrea disciplina de trabajo: “Desde que me encerraron estudio cada día, un mínimo de tres horas diarias, he empleado más de 4.200 horas en aprender cada vez más, no deseo que estas paredes me devoren, me digieran y luego me escupan como desecho hacia la calle, como hace con la mayoría de hombres encerrados aquí”.⁶⁵ Ahumada utiliza el estudio de manera expresa, consciente y sistemática como modo de resistencia.

En ocasiones el estudio adquiere profundidades sustanciales, como en el caso de la lectura que se hace de la *Lógica* de Hegel en Chacabuco. Mario Benavente cuenta que él y Eugenio García, junto a un joven de nombre Rodrigo Medina, tomaron este libro como texto de estudio: “Desde el mes de marzo, hasta el traslado de ellos a otros campos de concentración, todos los días desde las 15 hasta las 18 horas los dedicaron a la profundización en el conocimiento de esta monumental obra”.⁶⁶ El objetivo que se propusieron estos estudiosos fue terminar el análisis del libro completo, sin embargo, solo alcanzaron a trabajar las primeras 300 páginas de *La Doctrina del Ser* y el comienzo del segundo libro. Cuenta Benavente que aún conserva el ejemplar con el que estudiaban, y en donde se consagran los subrayados y las notas que iban haciendo al margen mientras leían.

Hay noticia, incluso, de verdaderas investigaciones científicas que se llevan a cabo en la prisión, particularmente en Chacabuco. Benavente, una vez más, da cuenta de ellas:

El investigador Luis Vitale hurgaba en los documentos de la administración de la extinguida salitrera. Buscaba antecedentes de la explotación a que fue sometido el proletariado de entonces. El incendio de la administración le impidió seguir su investigación. Por otra parte, el historiador y docente Alejandro Witker aportaba nuevas interpretaciones de los orígenes de nuestra nacionalidad a través de la vida de Bernardo O'Higgins y su obra. Incentivaba el estudio de la historia de Chile.⁶⁷

Las lecturas y la investigación dan pie a conversaciones, a discusiones que surgían espontáneamente. Virgilio Figueroa observa que “[a]gradaba comprobar el amor por la lectura apreciado en los reclusos, quienes en su conversar mencionaban el tema y argumento del libro

⁶³ Barticevic, *Esperanza en el austro*, 107.

⁶⁴ Barticevic, *Esperanza en el austro*, 108.

⁶⁵ Osvaldo Ahumada, “La vida a través de una reja”, *Revista Literatura chilena en el exilio* (1979): 21.

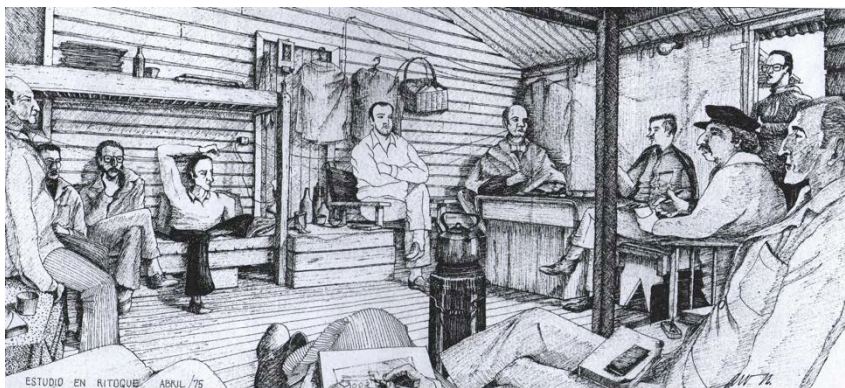
⁶⁶ Benavente, *Contar para saber*, 39.

⁶⁷ Benavente, *Contar para saber*, 38.

leído”.⁶⁸ Gracias a la información y al estímulo encontrado en los textos se generan verdaderas disputas teóricas: tertulias informales habitualmente muy animadas. “En torno a los libros, se formaban círculos que los comentaban con vivo interés y surgían discusiones”.⁶⁹ Estas discusiones eran protagonizadas y animadas generalmente por los intelectuales que estaban prisioneros. Jorge Montealegre cuenta que estando en el Estadio Nacional llegó a una escotilla “donde un grupo de médicos animaba conversaciones y charlas sobre diversos temas: educación sexual y alcoholismo, acupuntura y parapsicología. Temas variados para aprovechar el tiempo ‘libre’. En una escotilla la temática era distinta. Carlos Naudon [...] hablaba sobre la situación mundial [...] El profesor Mario Céspedes en otro rincón conversaba sobre historia de Chile. No faltó quien supiera de temas de psicología”.⁷⁰

En algunos casos estas discusiones y tertulias informales van adquiriendo regularidad. Osvaldo Caneo titula un pequeño capítulo de su testimonio expresamente con el nombre de “Los intelectuales” y lo abre con las siguientes palabras: “Como en toda sociedad, ellos teorizaban durante el día para el futuro, siempre en las mañanas. En la noche escuchaban radio Moscú para estar al día y poder seguir con la charla en la mañana siguiente”.⁷¹ Se da también que se organizan mesas de trabajo, en torno a determinados temas. Sergio Vuskovic se refiere a estas actividades en los siguiente términos: “Ya en Dawson tuvimos discusiones sobre la dialéctica y los criterios para analizar los fenómenos y los aportes de Teilhard de Chardin a la renovación teológica y a las corrientes católicas progresistas, en las que participaban el doctor Girón, Lucho Vega, Bitar”.⁷² Por su parte Lawner hace un dibujo del estudio en Ritoque (Imagen 1):

IMAGEN 1



En Retorno a Dawson (Santiago de Chile: LOM, 2004), 87.

Junto con el estudio, la lectura, las discusiones y las clases se van dando reflexiones profundas y significativas sobre diversos temas vinculados, en general, con la experiencia de la prisión, pero que se extienden hacia muchos otros asuntos. Es lo que Marcela Morales ha llamado

⁶⁸ Figueroa, *Testimonio sufrido*, 239.

⁶⁹ Witker, *Chile; Prisión en Chile*, 85.

⁷⁰ Montealegre, *Frazadas del Estadio Nacional*, 64-65.

⁷¹ Caneo, *Cerro Moreno*, 86.

⁷² Vuskovic, *Dawson*, 131.

“reflexión cautiva”;⁷³ huellas de estas reflexiones se pueden encontrar en los testimonios. En estos escritos no solo se relatan eventos, experiencia y anécdotas, sino que en ellos están consagrados también los pensamientos de las víctimas. Interesante resulta, por ejemplo, la reflexión de Guillermo Núñez sobre el color,⁷⁴ sobre la creación; las de Alberto Gamboa sobre el miedo, el amor, el hogar;⁷⁵ las de Juan Casassus sobre el terror, el miedo, el yo, el cuerpo, la muerte, la conciencia,⁷⁶ etc. Muchas de estas reflexiones son *a posteriori*, es decir, se hacen al momento de la escritura del texto y dicho evento de escritura no coincide en la mayor parte de los casos con la prisión. Se trata, por lo tanto, de una reflexión que no habría tenido lugar “en” o “durante” la prisión, sino que se da después en contexto de libertad.

Entre los testimonios, sin embargo, hay algunos que los prisioneros escribieron mientras estaban detenidos o inmediatamente después de haber sido puestos en libertad. En el primer caso está, por ejemplo, el texto titulado *Testigo presencial* de Francisco Reyes,⁷⁷ *Una experiencia muy particular*⁷⁸ y *Dawson* de Sergio Vuskovic, *Diario de un preso político chileno* de Haroldo Quinteros y *Fragmentos de Pisagua* de Francisco Lillo,⁷⁹ entre otros. La labor de escritura en estos casos fue clandestina y los textos debieron ser resguardados, ocultados y sacados de la prisión escondidos.⁸⁰ Las reflexiones que se recogen en estos textos, por lo tanto, son los devaneos de los detenidos *in situ*, es decir, aquellos pensamientos que los autores elaboraron durante su prisión. Es así como Francisco Lillo, por ejemplo, reflexiona sobre la utopía, sobre la solidaridad, la libertad y el silencio,⁸¹ entre muchos otros temas.

Algo diferente, pero cercano, es el caso de aquellos testimonios que los prisioneros redactan tan pronto son liberados. Paradigmático en esto es el caso de Jorge Montealegre. Este autor intercala en su escrito textos sin alteración ni edición que escribiera inmediatamente al ser liberado, a los 19 años, y los va entremezclando dialógicamente con otros que redacta cuarenta años más tarde (2003). En el testimonio de Montealegre se encuentran reflexiones, por ejemplo, sobre el humor, la resistencia y el poder (2003:72-75), sobre temas de religión (97-98), sobre la piedad (143-145), la vergüenza (146).⁸² Los testimonios de Hernán Valdés (*Tejas Verdes: Diario*

⁷³ Carolina Pizarro y José Santos, Eds., *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial* (Santiago de Chile: Pehuén), 77.

⁷⁴ Guillermo Núñez habla sobre el color (74-75) y sobre la creación (29-46) en *Diario de viaje* (Santiago de Chile: Herga Edic, 1989)

⁷⁵ Alberto Gamboa habla sobre el miedo (26-27), el amor (96-99) y el hogar (105-109) en *Viaje al infierno* (Santiago de Chile: Editorial Forja, 2010).

⁷⁶ Juan Casassus habla sobre el terror (29-30), el miedo (130-132), el yo (30-33), el cuerpo (34-36), la muerte (55), la conciencia (133-134) en *Camino en la oscuridad* (Santiago de Chile: Editorial Debate, 2013).

⁷⁷ “Pronto se cumplirán treinta años desde que lo esencial de este libro fuera escrito en las cárceles de Chile y veinte desde que fuera editado por primera vez en la República del Ecuador”. Francisco Reyes, *Testigo Presencial* (Santiago de Chile, SESOC 2000) 7.

⁷⁸ “Inicié su redacción en los campos de concentración de Conchi y Ritoque y allí lo terminé” en *Un viaje muy Particular*, (Comentario).

⁷⁹ “Fragmento de Pisagua es el testimonio escrito en el mismo lugar de los hechos por uno de sus protagonistas” en Francisco Lillo, *Fragmentos de Pisagua* (Santiago de Chile: Producción Félix Reales Vilca, 1990), 5.

⁸⁰ Es por ello que el texto de Vuskovic está dedicado, entre otros, “A los soldados, suboficiales y oficiales que ayudaron a salvar estos y otros apuntes, sacándolos de los distintos campos de concentración chilenos”. Sergio Vuskovic, *Dawson*.

⁸¹ Francisco Lillo habla sobre utopía (18), solidaridad (19), la libertad (27) y el silencio (43). Francisco Lillo, *Fragmentos de Pisagua*.

⁸² Montealegre habla sobre el humor, la resistencia y el poder (72-75), religión (97-98), la piedad (143-145), la vergüenza (146) en *Frazadas del Estadio Nacional*.



de un Campo de Concentración en Chile)⁸³ y de Rodrigo Rojas (*Jamás de rodillas (Acusación de un prisionero de la junta fascista de Chile)*), por su parte, fueron publicados en 1974 y redactados, por lo tanto, inmediatamente después de ser liberados. Algo similar se puede decir del texto de Alejandro Witker (*Chile; Prisión en Chile*) publicado en 1975. Estos textos recogen innumerables reflexiones que atraviesan los acontecimientos vividos por sus autores.

No es tan solo en los testimonios, sin embargo, en donde se puede encontrar rastros del trabajo intelectual que tuvo lugar en los centros. La escritura reflexiva en las prisiones de la dictadura adquirió también otros formatos. Hubo, por ejemplo, apuntes de clases confeccionados en estos contextos. Especialmente interesante resulta aludir aquí al texto de Gabriel Salazar titulado *Historia de la acumulación capitalista en Chile (Apuntes de clases)*, publicado en 2003. Allí se recogen las clases que dictó el autor en la pieza N°4 del Pabellón 2 del campo de prisioneros de Tres Álamos, entre enero y abril de 1976 de 10:30 a 12:00, de forma clandestina. Se trató, como explica el autor, de una petición de José Zalaquet.⁸⁴ Cuenta Salazar que “noche a noche, sentado en el camastro alto de la Pieza 4 (que compartía con otros tres compañeros), iluminado por una vela (la luz se apagaba a las 22:00) y tapado por una frazada (era invierno), fui redactando lo que sería la primera versión del texto que aquí presentamos”.⁸⁵

Este texto, que nace como un apunte para sus clases, trasciende, sin duda, esta finalidad pedagógica y se transforma en un escrito de investigación, un texto claramente teórico. Este tipo de escritos no abundó en las prisiones, sin embargo, se tiene noticia de algunos. Otro buen ejemplo de ellos es lo que ocurre con un escrito en el que Sergio Vuskovic hace un comentario acerca la tortura a la que fuera sometido. Como él mismo explica, *Un viaje muy particular* trata de ser “el narrar de la experiencia que hace la mente cuando es sometida a la experiencia de la tortura; se trata sólo de la tortura desde el punto de vista mental”. A dicho relato el autor agregó otro texto que titula “Comentario” y que como el mismo explica “es el análisis filosófico de dicha experiencia”.⁸⁶

De la “reflexión cautiva” han quedado, por lo tanto, diversos rastros, algunas huellas escritas. Ellas, no obstante, son tan solo una muestra, dan cuenta de una porción menor de lo realmente ocurrido a nivel de reflexión en las prisiones de la dictadura. Hay mucha labor intelectual y crítica de la que no ha quedado registro o hay tan solo un registro indirecto. De la reflexión feminista que las militantes del MIR llevan a cabo en Tres Álamos, por ejemplo, solo queda el relato de las protagonistas, pues todo el trabajo de escrituración que se llevó a cabo se perdió. Ellas redactaron un documento en prisión, el que lograron ir sacando y finalmente enviarlo a Francia. Una vez en el exilio, se juntaron las autoras a reconstruir el documento para ser enviado a La Habana con el objeto de que fuera archivado y difundido. El texto, finalmente, por un aparente error o descuido involuntario, se pierde y nunca llega a publicarse.⁸⁷ No obstante, la reflexión de estas militantes tuvo lugar y, como ha escrito Marcela Morales, dicha experiencia

⁸³ Escribe Hernán Valdés en la “Nota preliminar” para la edición de 1978: “Hace unos cinco años atrás, recién llegado a Barcelona gracias a la solidaridad de amigos catalanes, se impuso en mí de inmediato la necesidad de escribir este libro: de dar una voz a experiencias personales y al mismo tiempo colectivas recién vividas que corrían el riesgo de petrificarse”. En Hernán Valdés, *Tejas verdes: Diario de un Campo de Concentración en Chile* (Santiago de Chile, LOM, 2010), 7.

⁸⁴ Gabriel Salazar, *Historia de la acumulación capitalista en Chile (Apuntes de clases)* (Santiago de Chile: LOM, 2003), 13.

⁸⁵ Salazar, *Historia de la acumulación*, 14.

⁸⁶ Vuskovic, *Un viaje muy particular*, 21.

⁸⁷ Pizarro y Santos, *Revisitar la catástrofe*, 87-88.



provoca que este grupo se fortalezca tanto en cuanto militantes, como que mujeres.⁸⁸ No por casualidad Morales ha titulado su texto “La libertad en cautiverio”.⁸⁹

Al comenzar este trabajo se hablaba de la resistencia al interior de la prisión política en el Chile dictatorial. Aludiendo a Pilar Calveiro nos referimos a aquellas “líneas de fuga” que abren brechas que fraccionan el círculo del poder.⁹⁰ La actividad intelectual desarrollada en los centros es una de las formas en las que se concretan estas “líneas de fuga”, una que además está especialmente presente en estos lugares y que fue, a juzgar por los testimonios, una forma sumamente efectiva de resistencia. Una que, como dice Calveiro, se juega en “sobrevivir sin entregarse”, la labor intelectual tiene en eso un papel central. Tal como fuera desarrollada en las prisiones ella permite sostener la humanidad -o recuperarla-, ella hace posible ganar algún tipo de control y sostener márgenes de libertad; ella, además, permite generar lazos entre los prisioneros. Es en este sentido en el que Barticevic escribe que “ese ánimo creador, de laboriosidad, de estudio, nos ayudó a salir muchas veces de las múltiples situaciones complejas que se nos fueron presentando”.⁹¹

Tal como ocurriera en el caso de los campos de concentración nazi, la deshumanización parece haber sido uno de los objetivos más evidente de los centros de detención y tortura implementados por la dictadura en Chile. En el informe de CODEPU sobre la tortura se establece que “el torturado está colocado por sus captores de modo tal que aparece...deshumanizado, despersonalizado, reducido de su calidad humana a cualquier otra calidad infrahumana de animal o cosa”.⁹² La lectura, las charlas, la enseñanza, el aprendizaje, el estudio, la reflexión y la escritura son las manifestaciones, las formas en las que se expresa la creatividad y el pensamiento del ser humano. Su aparición y persistencia en los centros de detención y/o tortura de la dictadura, en medio del horror más extremo, en donde todo está diseñado para deshumanizar, para cosificar, para animalizar a los prisioneros, permiten persistir, sostenerse allí, reivindicando y rescatando los restos de humanidad que quedan tras los malos tratos, la tortura, y el desprecio.

La lectura permite escapar por un rato de la prisión, evadirse de las rejas hacia otros lugares, en otros tiempos. Ella instruye, informa, estimula el pensamiento, la crítica, la opinión. La imaginación se dispara con la lectura y despierta los sentidos a sensaciones que permiten evadir el horror por algunos momentos. La reflexión y la discusión generan interpretaciones nuevas, mundos posibles, alternativas. El aprendizaje es evolución y crecimientos: algunos aprenden a leer y escribir, otros de física cuántica o astronomía. La enseñanza en los lugares del horror de la dictadura fue entrega y generosidad, ella surge de un pensar en otros, del salir de si en beneficio de los compañeros de prisión. Aparecen entonces vínculos de solidaridad, se construyen comunidades educativas, pero también comunidades de reflexión. Las tertulias, el intercambio, el vínculo profesor-alumno, son todas formas de crear lazos entre los prisioneros, todas formas de soportar en comunidad, apoyado, sostenido por los otros.

Las acciones de orden intelectual aquí descritas son manifestaciones evidentes de la libertad del ser humano: en ellas se pueden apreciar márgenes de decisión, espacios de control, por pequeños que sean. No todo estaba determinado en los centros, fue posible resistir intelectualmente y no dejarse arrasar, sobrevivir sin entregarse: un modo de hacerlo fue leer, aprender, reflexionar, discutir, escribir. Toda resistencia, como ha dicho Calveiro, tiene que ver

⁸⁸ Pizarro y Santos, *Revisitar la catástrofe*, 87.

⁸⁹ Pizarro y Santos, *Revisitar la catástrofe*, 63.

⁹⁰ Calveiro, *Poder y desaparición*, 112.

⁹¹ Barticevic, *Esperanza en el austro*, 8.

⁹² CODEPU. Informe de Denuncia CODEPU. *La tortura: una necesidad de régimen (O de cómo la dictadura necesita torturadores)*. (1985), 12.

con preservar la dignidad, con romper o doblar la disciplina y con transgredir la normatividad impuesta. Eso que se da en las lecturas clandestinas, las discusiones sobre temas prohibidos, el tráfico de libros y de información, el mantenimiento y crecimiento del espíritu crítico, etc. El prisionero de guerra o detenido político evadió así una imagen decadente de sí mismo y la reemplazó por la de un sujeto que no se deja destruir, y resiste enseñando, aprendiendo, pensando, imaginando, creando.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHUGAR, Hugo. "Notas sobre el discurso testimonial latinoamericano". En *La historia de la literatura Iberoamericana*, Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Eds. Chang-Rodríguez y Gabriella de Beer, 279-294. Hanover: NH Ediciones del Norte, 1989.
- AIBAR Varas, Ibar. *Sol y cielo abonaron mis sueños infinitos*. Santiago de Chile: Emege Comunicaciones, 2002.
- AHUMADA, Osvaldo. "La vida a través de una reja." *Revista Literatura chilena en el exilio* (1979): 20-24.
- AYRESS Moreno, Carlos Tato. *Sobrevivientes. Un suceso posterior al golpe pinochetista*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2008.
- BARTICEVIC S., Marco Antonio. *Esperanza en el austro: memorias de prisión política de Magallanes*. Santiago de Chile: Mosquito Editores, 2009.
- BEVERLEY, John. "Anatomía del testimonio." *Revistas de crítica literaria latinoamericana*, año 13, n° 25 (1987): 7-16.
- BEVERLEY, John. "El testimonio en la encrucijada." *Revista Iberoamericana*, n° 164-165 (1993): 485-495.
- BENAVENTE Paulsen, Mario. *Contar para saber: Chacabuco, Puchuncaví, Tres Alamos (1973-1975)*. Santiago de Chile: JyC producciones gráficas, 2003.
- BUSTOS, Guillermo. "La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier Memoria, historia y testimonio en América Latina." *Historia Crítica*, n° 40 (2010): 10-19.
- CANEO, Osvaldo. *Cerro Moreno: Represión y tortura en Antofagasta*. Santiago de Chile: Editorial Latinoamericana, 2013.
- CALVEIRO, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2001.
- CARRASCO, Rolando. *Prigüé*. Santiago de Chile: Ediciones Aquí y Ahora, 1991.
- CASASSUS, Juan. *Camino en la oscuridad*. Santiago de Chile: Editorial Debate, 2013.
- CHÁVEZ, José G. "Génesis y desarrollo del testimonio latinoamericana contemporáneo." *Memoria del XIX Coloquio de literatura Mexicana e Hispanoamericana*. México: Universidad de Sonora, 2005.
- CODEPU. Informe de Denuncia CODEPU. La tortura: una necesidad de régimen (O de cómo la dictadura necesita torturadores), Santiago de Chile, 1985.
- CONCHA, Jaime. "Testimonios de lucha antifascista." *Araucaria de Chile*, n° 4 (1978): 129-146.
- DEL VALLE, Juan. *Campos de concentración: Chile 1973-1976*. Santiago de Chile: Mosquito ediciones, 1977.



- EPPLE, Juan Armando. "Acercamiento a la literatura testimonial en Chile." *Revista Iberoamericana*, n° 168-169 (1995): 1143-1159.
- FIGUEROA, Virgilio. *Testimonio sufrido*. Santiago de Chile: Comala Ediciones, 1991.
- FUENTES, Alex. *El gorrión blanco= Den vita sparven*. Estocolmo: Röda Rummet, 2003.
- GAMBOA, Alberto. *Viaje al infierno*, Santiago de Chile, Editorial Forja, 2010.
- LAWNER, Miguel. *Retorno a Dawson*. Santiago de Chile: LOM, 2004.
- LILLO Muñoz, Francisco. *Fragmentos de Pisagua*. Santiago de Chile: Producción Félix Reales Vilca, 1990.
- JOUI, Sadi Renato. *Chacabuco y otros lugares de detención*. Santiago-Valparaíso: autoedición, 2003.
- JENKIN, Enrique. *Exijo una explicación: Mis secuelas de una dictadura*. Santiago de Chile: Ediciones José Antonio Mendizabal, 2010.
- MONTEALEGRE, Jorge. *Frazadas del Estadio Nacional*. Santiago de Chile: LOM, 2003.
- _____. *Memorias eclipsadas: Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*. Santiago de Chile: Asterión, 2013.
- _____. "Memoria y sufrimiento: vergüenza (auto)silenciada en víctimas de prisión política." En *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial*, Eds. Pizarro y Santos, 49-60. Pehuén: Santiago de Chile, 2016.
- MONTES Moraga, Jorge. *La luz entre las sombras*. Santiago de Chile: Comala Ediciones, 1992.
- MORALES, Marcela. 2016. "La libertad en cautiverio: disputas políticas y reflexiones feministas en la experiencia de detención de una militante del MIR." En *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial*, Eds. Pizarro y Santos, 63-96. Pehuén: Santiago de Chile, 2016.
- NUÑEZ, Guillermo. *Diario de viaje*. Santiago de Chile: Hergar Edic, 1989.
- OROSTICA, Hermes. *Aysén 73: Proceso al olvido*. Coyhaique: Graffo Dienst, 1988.
- PIZARRO Cortés, Carolina. "Voces que incomodan: el silenciamiento del testimonio en posdictadura." En *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial*, 35-48. Santiago de Chile: Pehuén, 2016.
- PIZARRO Cortés, C. y José Santos Herceg. *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial*. Santiago de Chile: Pehuén, 2016.
- REYES, Francisco. *Testigo presencial, Tragedias humanas de un Chile facista*. Santiago de Chile: SESOC, 2000.
- ROJAS, Rodrigo. *Jamás de rodillas (Acusación de un prisionero de la junta fascista de Chile)*. Moscú: Novosti, 1974.
- SALAZAR, Gabriel. *Historia de la acumulación capitalista en Chile (Apuntes de clases)*. Santiago de Chile: LOM, 2003.
- SANTOS-HERCEG, José. "Geografía humana del horror: Agentes, Prisioneros y Transeúntes." En *Revisitar la Catástrofe. Prisión política del Chile dictatorial*, 167-186. Santiago de Chile: Editorial Pehuén, 2016.
- _____. "Lugares de encuentro en los espacios del horror. Acercamiento testimonial a los Centros de Detención y/o Tortura chilenos." *Kamchatka*, Revista de análisis cultural, n° 6 (2015): 651-664.
- _____. "Testimonio y verdad: un falso dilema. El caso de la prisión política en Chile." *Cuadernos de Literatura*, n° 36 (julio-diciembre 2014): 184-210.
- SCHNAKE, Erich. *De improviso la nada: testimonio de prisión y exilio*. España: Ediciones Documentas, 1988.

- SKLODOWSKA, Elzbieta. "Hacia una bibliografía sobre el testimonio latinoamericano." *Chasqui*, n° 20-21 (1991): 108-18.
- _____. *Testimonio Hispano-Americano: Historia, teoría, poética*. New York: Peter Lang, 1992.
- STREJILEVICH, Nora. *El arte de no olvidar: Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay en los 80 y 90*. Buenos Aires: Catálogos, 2006.
- WITKER, Alejandro. *Chile; Prisión en Chile*. México: FCE, 1975.
- VALDÉS, Hernán. *Tejas verdes: Diario de un Campo de Concentración en Chile*. Santiago de Chile, LOM, 2010.
- VUSKOVIC, Sergio. *Dawson*. Madrid: Meridion, 1984.